

HHhH

Laurent Binet

HHhH

HHhH

Barcelona, Seix Barral, 2011, 400 páginas. Traducción de Adolfo García Ortega.
ISBN: 978-8432209321

RESEÑA

**Carlos Camacho
Arango**

Centro de Estudios
en Historia (CEHIS),
Universidad
Externado de
Colombia, Bogotá,
Colombia

[carlos.camacho@
uexternado.edu.co](mailto:carlos.camacho@uexternado.edu.co)

DOI

**DOI 10.3232/RHI.2013.
V6.N1.06**

El libro en cuestión, hay que decirlo desde el principio, se encuentra en los anaqueles de las librerías dedicados a “novela histórica”. La clasificación no es equivocada, pero tampoco es del todo justa. Esta reseña aspira a mostrar los caracteres más originales de la obra y el interés que tiene para los historiadores. Conviene tal vez empezar diciendo de qué se ocupa. *HHhH* narra el destino de los hombres que se ofrecieron como voluntarios durante la Segunda Guerra Mundial, para matar a Reinhard Heydrich, el alto funcionario Nazi encargado por Hitler de la administración de la República Checa ocupada. El abstruso título no es otra cosa que una sigla alemana: *Himmlers Hirn heisst Heydrich* (el cerebro de Himmler se llama Heydrich), frase que corría de boca en boca de los SS, en voz baja, y que pone de manifiesto la importancia del objetivo de la operación. El libro iba a ser titulado de otra manera, pero terminó ganando esta enigmática sugerencia del editor. No importa: lo relevante es la maestría narrativa del autor, que una excelente traducción deja ver de principio a fin.

Lo más interesante de *HHhH* para un historiador es la manera en que fue concebido y escrito. Es evidente que el francés Laurent Binet, su autor, recolectó fuentes de todo tipo antes de lanzarse a escribir, pero esto lo hacen muchos novelistas cuyo tema es el pasado. Lo peculiar es la voluntad de Binet de ceñirse a los procedimientos establecidos en el oficio de historiador desde el momento de su profesionalización: rara vez el lector encuentra diálogos, esa trampa difícil de sortear, en la que caen con tanta frecuencia no sólo novelistas históricos sino también libretistas de series de televisión y de películas “de época” (y no sólo “de época”); no hay lugar para monólogos interiores, pues el autor desecha desde un principio el rol de narrador omnisciente, aquel que lee los pensamientos de sus personajes; todas las afirmaciones están soportadas por fuentes (aunque no haya notas de pie de página ni bibliografía); ante vacíos en la información, las hipótesis son presentadas como tales, no como hechos confirmados; hasta las escenas de sexo, que tanto público reportan a los pasados imaginados, están vetadas, no por pudor sino por la certeza de que la mirada del narrador no puede atravesar paredes: la imaginación es un recurso del novelista y también del historiador, desde luego, pero no se puede perder

de vista que éste no es un libro sobre las prácticas sexuales de checos y eslovacos durante la Segunda Guerra Mundial.

Todas estas restricciones autoimpuestas acercan el autor a los historiadores. La cautela se convierte en una obsesión, hasta el punto de hacerle confesar el desánimo pasajero que embarga tarde o temprano a todo buen investigador del pasado:

Es un combate perdido de antemano. No puedo contar esta historia tal como debió ser. Todo ese farrago de personajes, acontecimientos, fechas, toda la ramificación infinita de relaciones causa-efecto, y luego esa gente, esa gente de verdad que ha existido de verdad, con su vida, sus actos y sus pensamientos que apenas si llego a rozar... Una y otra vez me doy contra ese muro de la Historia por el que trepa y se extiende imparable hacia arriba, cada vez más dura, la hiedra desalentadora de la causalidad (pp. 215-216).

No obstante, el aliento vuelve, el combate se gana y el autor nos ofrece al mismo tiempo, como deja verlo la cita -hay muchos pasajes de la misma naturaleza en el libro-, la historia y su peculiar proceso de escritura o, en sus propias palabras, la película y su detrás-de-cámaras. No hay que olvidar que Laurent Binet no es historiador ni pretende serlo. Antes de la publicación de esta obra no era siquiera novelista: era profesor de literatura. Tal vez la mayor fortaleza de su novela es el diálogo que entabla con los tres oficios. A los historiadores les recuerda que la materia prima que tienen entre manos es tan rica como la ficción y que el producto final de su trabajo no tiene por qué ser leído sólo por colegas -si le dan al proceso de escritura la importancia que le dan otros escritores que se ocupan del pasado y si no pierden de vista en ningún momento a los hombres, quienes deben ser siempre la principal preocupación de todo historiador. A pesar de sus duras palabras para los novelistas tradicionales —califica de “vulgar”, “pueril” y “ridícula” la invención novelesca—, el autor confiesa su admiración por la capacidad creadora: Salammbô le hace reconsiderar las opiniones rotundas que tenía sobre Flaubert. Por último, Binet censura a sus colegas de las facultades de letras -a muchos de ellos- por empeñarse en afirmar que la realidad no existe, que todo es ficción y que, en caso de que hubiera alguna diferencia entre las dos, la segunda tendría la primacía. Esto es quizá lo más irónico y, por qué no decirlo, lo más dichoso para un historiador: del bando del que salieron al final del siglo XX los críticos más feroces de la historia como ocupación intelectual, llega en el siglo XXI, así sea como excepción, una obra que es, a su manera, un combate por la historia, una defensa de la misma y una apología del oficio.